

Desafíos y límites de la Ética Ambiental en un mundo superpoblado

Sandra Baquedano Jer

Departamento de Filosofía
Facultad de Filosofía y Humanidades,
Universidad de Chile

amoure@derecho.uchile.cl

Challenges and Limits of the Environmental Ethics in an Overpopulated World

RESUMEN: Los desafíos de la Ética Ambiental en un mundo superpoblado, no buscan abogar forzosamente por un mayor control restrictivo de la natalidad, sino más bien por un autocontrol consciente del actual daño holístico. Se torna sustancial sondear la precaución que se ha de tener relativa al equilibrio en la adecuación entre el aumento de individuos que se podría conservar indefinidamente en el medio ambiente, de aquel que generaría un daño mayor. El que esta última tendencia autodestructiva haya llevado a la humanidad a seguir un camino muy similar al recorrido por otras especies antes de su correspondiente colapso, lleva a pensar que como especie no hemos sido capaz de dimensionar la incidencia del especieísmo en el desarrollo interno de la creciente demográfica humana, ni menos aún de comprender la lección que nos dejaron otros seres vivos que se reprodujeron más allá de lo que el ecosistema pudo asimilar, generando las secuelas devastadoras que hoy se pueden conocer y lamentar.

ABSTRACT: The challenges of the Environmental Ethics in an over populated world, are not trying perforce into pleading for a higher birthrate control, rather for a conscious self-control of the actual holistic damage. It becomes substantial to probe the precaution that it is needed to have in relation to the balance in the *adaequatio* between the increase in the number of individuals that could be preserved indefinitely in the environment, from whom would generate a greater damage. That this last self-destructive tendency that has driven mankind to follow a road very similar to the one travelled by other species before its eventual collapse, drive us to think that as species we have not been capable of dimensioning the incidence of speciesism in the inner development of the growing human demography, and even less to comprehend the lesson that the other living being, that reproduced over and above of what the ecosystem could assimilate, have left us, generating the devastating consequences that today we can get to know and to feel sorrow.

PALABRAS-CLAVE: superpoblación, especieísmo, densidad demográfica, daño holístico, precaución

KEYWORDS: overpopulation, speciesism, demographic density, holistic damage, precaution

ISSN 1989-7022

ILEMATA año 5 (2013), no 11, 39-51

1. Origen de la Ética Ambiental en el siglo del extremo incremento poblacional

La Ética Ambiental surge para compensar una carencia característica de las éticas tradicionales. Se intenta superar el sesgo especieísta de concebir que únicamente el ser humano deba ser tratado como un fin en sí, mientras que el resto de las especies y la biosfera en general queda reducida a un mero medio del *Homo sapiens*, lo cual no ayuda a amparar ninguna actitud tendiente a evitar la sistemática reificación y el creciente saqueo contra el entorno natural.

Extender la noción de fin en sí a la naturaleza, no anula la tradición ética, sino que, por el contrario, la complementa al incorporar una responsabilidad y sensibilidad que permaneció ausente en las éticas tradicionales intrahumanas.

En aras de sondear integralmente la problemática socioambiental en la que estamos inmersos se ha de considerar que la interpretación de los procesos



Received: 06-11-2012
Accepted: 17-12-2012

naturales y la degradación de los ecosistemas están anteceditas y determinadas por la comprensión de lo que nuestra especie ha concebido como naturaleza (Baquedano, 2008, 21-54). Por un lado, esto ha determinado una gran gama de sistemas, modos de producción y de vida que han dañado de un modo irreversible nuestro entorno, lo que deja, por otro lado, en evidencia, nuestro especieísmo en el desarrollo interno de la historia humana.

El medio ambiente es la composición biótica y abiótica tanto de la biosfera como de los seres que en ella habitamos. La noción de medio ambiente no abarca solamente los sistemas de elementos bióticos y abióticos extrahumanos, puesto que al interactuar el *Homo sapiens* se desenvuelve, adapta, transforma y utiliza esos sistemas mediante otros que él ha creado y en los cuales él mismo ha evolucionado y trastornado: sistemas sociales, culturales, económicos, bélicos, tecnológicos, religiosos, estéticos, etcétera.

Todos estos sistemas en los cuales hemos evolucionado y en algunos casos trastornado, son anteceditos y están aunados a una creciente demográfica, que hasta ahora ha resultado incontrolable. Prevenir o no adecuadamente una catástrofe socioambiental inminente desencadenada ya sea por desastres nucleares, devastación y escasez de recursos naturales, pérdida de la biodiversidad, calentamiento global, etc., está directa o indirectamente relacionado con la postura existencial que asume cada cual frente al problema de la superpoblación humana.

El poder acumulativo de alteración y destrucción del equilibrio reproductivo pensado en términos holísticos concierne sustancialmente a esta problemática. No es azar que la Ética Ambiental, –que se detiene a pensar tanto las relaciones intra como extrahumanas– surja en el mismo siglo donde ha acaecido el incremento poblacional humano más significativo de la historia.

En 1927 la Tierra era habitada por dos mil millones de seres humanos; en el año 1960 la población alcanzó los tres mil millones; en 1974 se elevó a los cuatro mil millones; en 1987 la cifra superó los cinco mil millones, en 1999 excedió los seis mil millones y ya en el 2011 se contaban siete mil millones de individuos en el mundo.¹

El hecho es que estas cifras no son independientes de cómo fue organizándose y conservándose el *Homo sapiens* a lo largo de la historia en diversos hábitats mediante el desplazamiento de otras especies, llevadas en algunos casos al borde

de su extinción. Considérese que antes que los hombres superpoblaran el globo terráqueo, la mayoría de las áreas, que luego se convertirían en los primeros asentamientos humanos, estaban cubiertas de vegetación y habitadas por todo tipo de animales no humanos.

2. Rol de la precaución relativa al equilibrio entre el aumento de individuos que se podrían mantener indefinidamente y aquel que generaría un daño ambiental

Al sondear las secuelas ecológicas que han dejado aquellas poblaciones conformadas por otras especies que desplazaron al resto, –incurriendo en el mismo *modus operandi et vivendi* de extralimitarse en términos cuantitativos–, es posible reconocer que el escenario global que asola a la humanidad no es del todo distinto. Sin embargo, sólo a ella le es posible asociar la fortaleza y sabiduría espiritual que tiene –para soportar en general las adversidades– con la capacidad de enfrentar sensatamente ciertos límites, otorgándole valor al concepto de dignidad humana. En este caso la fortaleza tendría que ver con la sabia capacidad de anticipar consciente y humildemente los propios límites y reaccionar con consecuencia frente a ello.

Si bien el intento de señalar el proceso de autodestrucción en el cual está sumido el género humano no va a evitar que algún día ocurra su desenlace, el hecho de no comprender su decadencia en términos holísticos, ayudará a que continúe desencadenándose inconscientemente del peor modo.

Haber superpoblado la Tierra está obligando por la mera satisfacción de las necesidades de cada cual, no sólo a hacer un saqueo cada vez más desnaturalizador del planeta, sino ante todo a propiciar una terrible cosificación humana, cuando la Tierra deja de dar más de por sí.

El ser humano al igual que el resto de las especies forma parte de la comunidad biótica global. Su dominio en ella debido al especieísmo –plasmado en términos demográficos– genera consecuencias destructivas y autodestructivas. Mantener la vida de siete mil millones de seres humanos implica que se vayan acumulando una serie de sustancias nocivas en cantidades que el ecosistema no es capaz de procesarlas. Los alcances acumulativos de la acción humana, aunados al poderío

tecnológico –que permite saciar ciertas necesidades vitales básicas–, llevan a nuestra especie a los límites de la capacidad que tiene la Tierra para asimilar y reciclar luego los desechos de la actividad humana. La acumulación de tales desechos sobrepasa la capacidad que tiene el ecosistema para procesarlas adecuadamente.

En *Rebasados* se define la capacidad de carga como: “La población máxima de una especie dada que puede ser mantenida de manera indefinida por un hábitat particular (con ayuda de una tecnología y organización determinadas, en el caso de la especie humana)” (Catton, 2010, 35). En general, se entiende la capacidad de carga como la cantidad de individuos que pueden ser mantenidos de una cierta manera indefinidamente por un medio ambiente. Cuando la carga es inferior a la capacidad de soporte del ecosistema es posible aumentar la cantidad de habitantes. Al existir una densidad demográfica favorable, es decir, baja, se pueden elevar los estándares de vida. En cambio, cuando la carga aumenta se sobreutiliza el medio. Por eso es que se torna relevante la precaución que se ha de tener relativa al equilibrio en la adecuación entre el aumento de individuos que se podría conservar indefinidamente y el aumento de ellos que generaría un daño ambiental. Un ejemplo significativo del desajuste que se puede dar entre ambos, es posible verlo paradójicamente en India. Contrasta trágicamente cerciorarse de la enorme dimensión espiritual de un pueblo, donde el cuidado y la protección por la biodiversidad son valores sustanciales de su tradición, lo cual no sólo está arraigado en grandes personajes de la India, sino también en el común de la gente cuyo enorme respeto y trato compasivo con el resto de las especies no humanas constituyen un notable modelo digno de imitar. Sin embargo, impacta ver como dichas almas tan evolucionadas moran en un entorno crudamente contaminado.

No se ha de olvidar que los países industrializados consumen un porcentaje *per capita* extremadamente mayor de energía que los habitantes de los países más pobres que suelen tener una mayor población, lo cual deja en evidencia responsabilidades diferenciadas asociadas a esta variante. En ese contexto es inevitable cuestionarse con mayor profundidad la distinción entre exceso de consumo y superpoblación. Sobre esta última problemática que afecta a India, se pronuncia Vandana Shiva, una de las ambientalistas hindúes de mayor renombre internacional, quien sostiene que aquello que suele sesgadamente denominarse “explosión demográfica”, “como si la biología de las mujeres fuese a llevar a una explosión demográfica”, no es un problema *biológico*, sino *ecológico*.² Alude a una inestabilidad en la ecología relativa al modo cómo se

organizó la economía. No lo asocia a un asunto de reproducción biológica no pensada, sino a un problema de reproducción social. Cuando aquello se desequilibra, las personas encuentran un modo de compensarlo: ya sea teniendo más o menos hijos.

Diversas sociedades han pasado por múltiples crisis a lo largo de la historia de la humanidad. Sin embargo, la crítica densidad demográfica actual no remite a un origen reciente, sino que abarca un proceso y una tendencia que recorre miles de años de evolución cultural. En ese sentido no consistiría propiamente tal en una crisis, que se desata de un día para otro de manera repentina, sino en una decadencia más pronunciada y abrupta³.

Haber sobrepasado los siete mil millones –renovándose todos sobre la faz de esta Tierra cada un par de décadas– revela de alguna manera que el *Homo sapiens* en beneficio propio ha ejercido su dominio sobre la Tierra imponiéndose especieístamente sobre otras criaturas. El aumento de la densidad demográfica fue posible debido al desplazamiento de otras especies. No ha sido la excepción, sino más bien la regla que en una constante la población humana haya crecido. Mas aún cuando hoy no tuviera lugar dicha creciente, existiría igualmente un desfase sociocultural que ha impedido reaccionar de manera oportuna. Así cuando el hombre comienza a cuestionar los desastres ambientales que harán la vida indigna para gran parte de los seres que habiten la Tierra, el mundo superpoblado ya ha excedido con creces el umbral de resistencia que tiene el medio ambiente para conservar su equilibrio frente a la intervención humana. El rol de la precaución en la Ética Ambiental, la cautela sustancial, en este caso, no es abogar por un forzado control irrestricto de la natalidad, sino más bien por un autocontrol consciente del actual daño holístico. Se ha llegado al extremo de satisfacer las aspiraciones actuales de la humanidad no sólo a costa de la dignidad de las generaciones presentes, sino sacrificando el destino de las aún no existentes. Esta tendencia autodestructiva de la humanidad sigue el mismo camino que han recorrido otras especies antes de su correspondiente colapso. Sin embargo, se ha de considerar que si bien nuestra especie no ha sido la única en romper el equilibrio y reproducirse más allá del umbral de resistencia que tiene el medio ambiente para mantener su balance en relación a las demás especies no humanas, la nuestra es la única que es capaz de detenerse a reflexionar y tomar conciencia de los efectos negativos de la superpoblación, la cual al ser consecuencia de los éxitos del pasado, impele hoy a su vez detenerse a reflexionar sobre la crítica condición global a la que condujo dicho exitismo y pseudo superioridad humana.

3. El lado especieísta y destructivo del éxito humano

El hombre moderno asoció el éxito con lo que llamó "crecimiento" o "desarrollo". La síntesis entre ambos implicó una reducción de la biomasa de las demás especies que no eran útiles para el desarrollo o crecimiento "exitoso" de la nuestra. Con este *modus operandi*, que se valía a su vez de la extracción de recursos del ecosistema, el hábitat colectivo fue sobreexplotándose. En *Cosecha Robada* se señala que lo que la economía industrial llama "crecimiento" es, en realidad, una forma de robo a la naturaleza y las personas. Un ejemplo de ello es la conversión de bosques nativos en pino y eucalipto, lo cual puede generar grandes ingresos económicos. Sin embargo, ese crecimiento monetario roba a la naturaleza su biodiversidad, en este caso, a los bosques su capacidad para conservar suelos y agua (Shiva, 2003, 9). En la misma línea se encuentra en el capítulo titulado "Vacas locas y vacas sagradas" una reflexión comparada entre la visión occidental y oriental en torno a esta simbólica especie, denunciando los orígenes que condicionaron la epidemia del mal en relación con la denigrante alimentación de las reses, puesto que el aumento excesivo de tal producción llevó a proporcionarles sus propias carcasas como fuente de alimentación. Ese factor habría incidido en el desencadenamiento de la enfermedad degenerativa y el correspondiente sacrificio e incineración de millones de bovinos en la Europa de los 90. La extrema reificación de esta especie en occidente se evidencia también en la llamada revolución blanca, que convierte la producción láctea en fin exclusivo de las vacas, reduciéndolas a meras máquinas de hacer leche y ésta en una simple mercancía. A ojos occidentales se tasa además las reses indias como improductivas, sin considerar que desde un punto de vista holístico son valoradas en India como altamente productivas para el equilibrio de la biodiversidad, representando además el símbolo de la relación humana con todo lo viviente (Gandhi, 1986, 132-133).

La revolución verde, blanca y azul se ensalzó como necesaria para alimentar a siete mil millones de almas humanas. Hoy es discutida y ampliamente criticada por expertos en el tema, quienes tachan de mito el éxito de tamañas revoluciones, mostrando su ineficiencia y cuestionando la adversidad de sus efectos. Lo que es innegable es que tales revoluciones también han traído aparejados desastres humanitarios nefastos y que en términos holísticos implica reducir o acabar drásticamente con la biodiversidad, logrando que sólo una especie de la comunidad biótica pueda conseguir sus alimentos sin tener que competir con otras, acudiendo a la simple recolección de productos vegetales o caza de animales.

Vandana Shiva señala en su libro *¿Proteger o expoliar? Los derechos de propiedad intelectual* que el fin de las conquistas contemporáneas ya no se asemeja del todo a las acaecidas hace un par de siglos atrás. La neocolonización no perseguiría ante todo la dominación de territorios, sino más bien el control de los sistemas económicos y los mercados a través de la ocupación formal para ejercer un dominio comercial de territorios intelectuales. Para precisar más, la neocolonización ya no se refiere ante todo a la conversión de la tierra en propiedad por parte del explotador, sino a la instrumentalización del conocimiento por el totalitarismo de los intereses comerciales en una época de globalización y del llamado libre comercio.

El éxito de la revolución verde supone hoy un control alimentario por parte de las multinacionales, las cuales han introducido patentes sobre ciertas semillas, produciendo intensiva e industrialmente ciertos alimentos o productos de origen vegetal. De hecho el éxito de estas multinacionales ha sido posible precisamente al desplazar, reducir e incluso eliminar (por ejemplo, a través de pesticidas) especies que no consume el hombre, por aquellas que sí consume o por tales que se requieran en la dieta de animales que luego serán consumidos por nuestra especie. Sin embargo, este éxito ha introducido nuevos desequilibrios ecológicos y desigualdades sociales extremadamente severas. Considérese, por ejemplo, la desesperación en la que se han sumido millares de agricultores en diversas localidades desprotegidas del planeta, quienes no han tenido en la práctica cómo defenderse ante los derechos ilimitados de la industria de las semillas. Un caso tristemente emblemático es el suicidio de alrededor de 250.000 campesinos en India en unos pocos años debido a la presión de las deudas, generadas por las empresas agroquímicas y de semillas que actúan a su vez como agentes secundarios y prestamistas de dinero, atrapando a los agricultores pobres con la compra de semillas y pesticidas caros, lo cual ha terminado envolviéndolos en una infernal escalada de endeudamiento (Shiva, 2009, 123-170).

El crecimiento exponencial de la especie humana a lo largo de la evolución cultural de millones de años comienza a manifestar este tipo de éxitos con secuelas devastadoras. La catástrofe malthusiana no es reconocida actualmente como tal porque las revoluciones verde, blanca y azul han aumentado la producción de alimentos, llegándose a extremos que no llegaron a ser pensados en el *Ensayo sobre el principio de la población* (Malthus, 1990). Sin embargo, el agotamiento de ciertos recursos, la pérdida de la biodiversidad, la producción de agrocombustibles o la contaminación del aire y del agua, forman parte hoy de la ecuación, adquiriendo y asumiendo la

catástrofe otras variantes extremas que en tiempos de Malthus no existían. El éxito del llamado "desarrollo" crea subdesarrollo y los llamados países subdesarrollados también son hoy consecuencia de los países que alcanzaron dicho éxito.

4. Colonización y creciente demográfica

Los países que fueron partícipes del proyecto colonizador avanzaron hacia una era donde pudieron adquirir productos nuevos y desconocidos que elevaron el estándar de vida de sus sociedades. Antes de la conquista y colonización de América, la lucha y la competencia de nuestros aborígenes se libraba mayormente con la esfera extrahumana. En el viejo mundo, ya superpoblado, la competencia se daba a nivel de intraespecie, puesto que faltaban muchos productos y los recursos escaseaban. Esto explica por qué antes del período colonizador la densidad demográfica hizo muy difícil la vida en diversos países de Europa. Esta carencia permite comprender a su vez parte de la motivación de aquellos espíritus que se aventuraron a abandonar sus tierras y adentrarse en los océanos en busca de nuevas tierras. Así los países colonizados poco a poco comenzaron a poblarse y superpoblarse.

Eduardo Galeano, titula la primera parte de su clásica obra *Las venas abiertas de América Latina* "La pobreza del hombre como resultado de la riqueza de la Tierra", aludiendo quizás a la antinomia espiritual y cultural que significó entre los dos mundos el descubrimiento y posterior conquista de América. La pobreza moral del europeo, al haber hecho de la colonización de América un saqueo sistemático y una reificación extrema de todo lo viviente, como a su vez la pobreza material de los latinos, al padecer el despojo constante de lo que fueron en otrora sus fuentes de riqueza.

El optimismo se apoderó de las sociedades conquistadoras tiñendo sus convicciones y comportamientos, pues iniciada la explotación, bruscamente se pasó de una sociedad de la carencia a una de la abundancia. Esta nueva circunstancia les permitió cultivar de manera más masiva el estudio, una mayor población aprendió a leer y escribir. A su vez aumentó el tiempo libre y del ocio cultivado fructificaron avances científicos y tecnológicos. Considérese que dicho éxito también fue biológico, lo cual permite explicar por qué la población del mundo se duplicó entre 1650 y 1850, aumentando a su vez el consumo *per capita* de los recursos (Catton, 2010, 57).

Los países colonizadores se acostumbraron a una abundancia desconocida en otras épocas, cuya materia prima provenía de otros continentes. Dicha costumbre se transformó en un hábito y se proyectó de éste un modo de vida permanente. Los habitantes de tales sociedades, –que evolucionaron internamente en sistemas democráticos– gozaban de nuevos estándares de vida, basados en comodidades y beneficios cotidianos de los cuales ya no podían renunciar, entonces quisieron institucionalizar el sostenimiento de ello, condicionando a sus gobernantes para lograrlo. Luego vino el tiempo del libre curso de la competencia privada y tratados de libre comercio, los cuales afianzaron y legitimaron la intervención y explotación del medio ambiente natural. La posibilidad de extraer recursos sin restricción ni competencia alguna fue posible hasta antes de que se iniciara el correspondiente agotamiento y devastación.

La Ética Ambiental no formaba parte del nuevo paradigma de los colonizadores europeos, quienes hacían descansar su cosmovisión en un centro que consideraban superior al de los diversos segmentos del entorno biótico y mejor en relación a quienes no establecieron una diferencia radical entre lo humano y no humano.

Los territorios colonizados de América, África y Asia menguaron la sensación de presión que se padecía en la Europa superpoblada. Este alivio tuvo repercusiones positivas en sus sociedades. En Estados Unidos y Europa realizaban sus éxitos, relacionando el progreso, crecimiento, libertad, cultura como cualidades intrínsecas de sus sociedades, asociándolas a ciertas instituciones tradicionales y mentalidades heredadas sin asociar que dichos cambios y el nuevo abanico de posibilidades que se les abrió fue posible también gracias a una reducción de la presión demográfica (Catton, 2010, 232).

Hasta el día de hoy muchas naciones industriales, que durante varias centurias nutrieron a sus sociedades, haciendo un uso ilimitado de ciertos recursos naturales, culparon a los países proveedores de dichas materias primas del espectro de problemas que aquejaban a sus sociedades sin reconocer su responsabilidad en ciertos males como secuelas del modelo explotador y del desgaste permanente que se ejerció durante siglos contra ellos. Nuestro continente está desgastado y muchas de nuestras carencias son consecuencias de las centurias de abundancia en la que han vivido otras sociedades.

5. Lecciones ecológicas de otras especies que se sobrepasaron en términos cuantitativos

En todos los continentes los recursos naturales son finitos, el equilibrio en cualquier ecosistema puede desestabilizarse, no es algo estático que permanezca en una constante. Si bien no se puede calcular ni precisar con exactitud un balance ejemplar tras razones suficientes –debido al poder inventivo del *Homo faber*– de ningún modo parece sensato querer negar que dicho equilibrio es frágil y que ha estado constantemente amenazado por la superpoblación de una u otra especie. Que ahora resulte ser la nuestra la que desestabiliza radicalmente la balanza es una verdad cargada de incómoda responsabilidad –provoca un sentimiento incómodo pues a diferencia del resto, nuestra especie es la única capaz de detenerse a reflexionar sobre ello– aún cuando se trate de ignorar este hecho bajo un modelo económico, un sistema político o incluso un credo religioso que directa o indirectamente lo rechace (Sartori, 2003, 47).

Mientras en la biodiversidad no aparezca ninguna especie dominante que rompa o altere sustancialmente el equilibrio existente entre las otras, la baja densidad demográfica *podría* incidir positivamente en la concreción de ciertas comodidades y el logro del respectivo bienestar humano. Existiría al menos la *posibilidad* de alcanzar una cierta igualdad humana en la consecución de ambos sin que ello implicara *necesariamente* intervenir en lo sustancial el medio ambiente natural con los daños que hoy conocemos.

En la democracia los períodos breves de reelección de los gobernantes impiden que primen los intereses del futuro cuyos frutos no verán quienes tomen las medidas ni quienes realicen los sacrificios (Jonas, 2004, 242-243). En la práctica los políticos no están dispuestos a asumir el riesgo de tomar medidas antipopulistas enfrentadas a la crudeza de una política de abnegación y renuncia en aras de salvaguardar las generaciones aún no existentes. Esto explica que se legitimen políticas que sobreestiman la capacidad que tiene el medio ambiente para seguir soportando la reutilización indefinida que hace una especie que se ha sobrepasado en términos cuantitativos. En esa tendencia irreversible se sostiene el éxito del mal desarrollo. Sería sesgado a su vez responsabilizar únicamente a las naciones del éxito mal desarrollado como las causantes de los males ecológicos actuales. Es de una autocrítica más sensata asumir que tampoco como especie fuimos capaces de sondear el daño holístico, ni de dimensionar la incidencia del especieísmo en el desarrollo interno de la historia humana, ni menos aún de comprender la lección que nos dejaron otros

seres vivos que se reprodujeron más allá de lo que el ecosistema pudo asimilar, generando los daños que hoy podemos conocer y lamentar.

Recién ahora ciertas personas han adoptado una visión pesimista mucho más realista y sensible. Ellos se han dado cuenta que la superabundancia, posible gracias al poderío técnico-científico, ha llevado a la humanidad a la situación de un daño global. Por el mero hecho de reproducirnos en el actual modelo se impide hoy en día que otros sistemas bióticos y especies que mantienen la biodiversidad en nuestro planeta se recuperen y, por consiguiente, sigan decayendo y reduciéndose cada vez más. Los modos de vidas más simples se sostienen sobre recursos básicos que ahora están en peligro y continuar usándolos pone en riesgo el equilibrio de los ecosistemas y la calidad de vida de los existentes⁴.

Según Simpson la noción de "capacidad de carga" no es adecuada para abordar el tema de la población humana, pues dicho concepto ignoraría la capacidad específica que tienen los individuos para desarrollar nuevas tecnologías que aumenten su capacidad de carga. A su vez tal concepto tampoco comprendería procesos complejos que unen a los seres humanos con su ambiente. Simpson considera que la mayor presión ambiental de hoy en día no se debe al tamaño de la población, sino a los patrones de producción y de consumo.⁵ Al respecto, considérese que en este ensayo no se ignora ni minimiza que la mala distribución de la riqueza, los modelos energívoros errados, el consumismo, el derroche, etc, sean factores extremadamente lamentables y evidentes para la eficacia de cualquier Ética Ambiental. La reflexión parcelada de *Rebasados* nos ha llevado precisamente a poner énfasis en que la lógica de estos y otros deja en evidencia que a lo largo de la historia el ser humano voluntariamente no suele estar dispuesto ni en lo mediano ni en lo inmediato a desprenderse de sus intereses ni reducir, por consiguiente, el estándar de vida que aspira o que ya ha alcanzado en aras de incidir positivamente en lo ecológico en el cambio de ellos hacia otros más amigables con el entorno.

El estrés ecológico de habernos sobrepasado como especie por un largo período de tiempo comienza a evidenciarse cada vez más y aparecer bajo otras caretas. Así la escasez se traduce en inflación, el agotamiento de recursos naturales aparece como un problema político a través del desempleo, que se manifiesta a su vez en migraciones del campo a la urbe y así sucesivamente. O el estrés demográfico se traduce en tensiones políticas y restricción de movimientos migratorios, que para unas naciones son voluntarios y para otras resultan ser forzados, etc.

En cualquiera de sus formas los sistemas sociales y las naciones poderosas se han basado en modelos extractivos cuyo *modus operandi* se sostiene en la idea de un mundo de recursos ilimitados. Lo que se ha comprobado tras las diversas cumbres, encuentros y tratados internacionales, es que no existe voluntad de gran parte de los países para cooperar y trabajar sin descanso hacia la disminución de la población y el decrecimiento de una era postabundante.

Las naciones pobres comienzan a darse cuenta que jamás alcanzarán el estándar de vida de las sociedades del desarrollo exitista y las más ricas comienzan a caer en la cuenta que difícilmente podrán mantener su estándar de vida en un mundo que empobrece y denigra aceleradamente. Poco a poco los llamados países subdesarrollados nos iremos hundiendo lentamente en el pantano de un medioambiente dañado irreversiblemente y mientras más intentemos salir de esa precaria condición, esforzándonos en alcanzar el exitista mal desarrollo del que gozaron por un par de centurias las naciones industrializadas, más nos sumergiremos en los extensos e interminables suburbios densamente superpoblados. Sumidas las naciones en una pobreza sin salida, las laberínticas urbes de gran parte de la raza humana declinarán sus perspectivas y volverán su encono contra sí en una escalada de generalizada violencia. Las sociedades más favorecidas como sea seguirán intentando continuar extrayendo y controlando, incluso bélicamente, los escasos frutos que vayan quedando en la tierra cercana a dichos poblados.

En un mundo donde una y otra vez vence en una constante la afirmación ilimitada del yo, se hace más fácil que la *posible* consecución colectiva de altos estándares de vida energívoros o el cambio de ellos hacia otros más amigables con el entorno, sea menos destructiva en términos holísticos al darse voluntariamente una competencia menor, con una densidad demográfica baja. Ahora bien, la efectividad de las políticas públicas destinadas a disminuir la natalidad sin medios restrictivos, solo puede ser pensada junto a la proyección que cada cual asuma sobre el sentido de la vida acorde a tiempos de sobrepoblamiento y destrucción de la naturaleza. Me refiero que por los cauces del no daño holístico sea capaz de trascender, por antonomasia el objetivo central tanto de la afirmación como de la negación de la voluntad de vivir, es decir, que trascienda la mera reproducción biológica como a su vez su opuesto, es decir, la extinción en la nada.

Bibliografía

- Baqueda, Sandra (2012): "Entrevista a Vandana Shiva en Dehradun, India 2012. Aniversario 25 de Navdanya". *Dilemata*, Nº 10.
- Baqueda, Sandra (2008): *Sensibilidad y responsabilidad socioambiental*. La Habana, Editorial Acuario (Oxfam).
- Catton, William R (2010): *Rebasados*. Ciudad de México, Editorial Océano.
- Galeano, Eduardo (2000): *Las venas abiertas de América Latina*, Ciudad de México, Editorial Siglo XXI.
- Gandhi, Mahatma (1986): *Mi credo hinduista*. Buenos Aires, Editorial Dédalo.
- Gil, Daniel y Vilches, Amparo (2006): "Algunos obstáculos e incomprensiones en torno a la sostenibilidad" *Revista Eureka sobre Enseñanza y Divulgación de las Ciencias*, Vol, 3. Nº 003.
- Jonas, Hans (2004): *El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*. Barcelona, Editorial Herder.
- Malthus, Thomas R (1990): *Ensayo sobre el principio de la población*. Madrid, Ediciones Akal.
- Rueda, Salvador (1996): "Habitabilidad y calidad de vida" *Cuadernos de investigación urbanística*, Nº. 42.
- Sartori, Giovanni (2003): *La Tierra explota*. Madrid, Editorial Taurus.
- Sevilla, Andrés (2012): "El crecimiento de la población mundial a la luz de la gobernanza transnacional" *Rev. Electrónica Novos de Estudios Jurídicos*, Vol. 17, Nº. 1.
- Simpson, Ludi (2012): "El demonio de la superpoblación" *Astrolabio Nueva Época*, Nº 8.
- Shiva, Vandana (2003): *Cosecha robada*. Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Shiva, Vandana (2003a): *¿Proteger o expoliar? Los derechos de propiedad intelectual*. Barcelona, Colección Libros de Encuentro, (Intermón Oxfam).
- Shiva, Vandana (2009): *Semi del suicidio. I costi umani dell'ingegneria genetica in agricoltura*. Roma, Editorial Odradek.

Notas

1. Cf. Sevilla, Andrés F. "El crecimiento de la población mundial a la luz de la gobernanza transnacional" *Revista Electrónica Novos de Estudios Jurídicos*, Vol. 17, Nº 1, 2012. p. 127. Véase además: Naciones Unidas, División de Población, *World Population in 2300*, Nueva York 2004; United Nations Population Division, "World Population Prospects", The 2002 Revision; *Perspectiva del medio ambiente mundial 2000*, Publicado por el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, Earthscan Publications, London 1999.
2. Cf. Baqueda, Sandra. "Entrevista a Vandana Shiva en Dehradun, India 2012. Aniversario 25 de Navdanya" (Diálogo-entrevista). *Dilemata*, Nº 10. p. 381.
3. Sobre si tiene sentido o no hablar de una emergencia planetaria, véase Daniel Gil y Amparo Vilches "Algunos obstáculos e incomprensiones en torno a la sostenibilidad" *Revista Eureka sobre Enseñanza y Divulgación de las Ciencias*, Vol, 3. Nº 003, 2006. págs. 508-510.
4. Una reflexión interesante sobre la noción de calidad de vida, es presentada por Salvador Rueda en "Habitabilidad y calidad de vida" *Cuadernos de investigación urbanística*, Nº. 42, 1996. p. 30.
5. Cf: Ludi Simpson "El demonio de la superpoblación" *Astrolabio Nueva Época*. Nº 8, Mayo 2012. p. 66.